

## Max Aub, cuentista mexicano

José de la Colina

Escritor mexicano

Como de Ramón Gómez de la Serna, de Jorge Luis Borges y de Alfonso Reyes, de Max Aub puede decirse que no es un escritor, sino una sociedad de escritores. Una vez le oí confesar: “Soy el ‘negro’ de mí mismo, pero nunca me plagio”; y otra, aclarando el título de su conmovedora, desencantada crónica de retorno a España: “*La gallina ciega soy yo... Ciega de tanto escribir*”.

Tal como vivió, para él escribir era sinónimo de vivir, y viceversa. En México, donde además ejerció otras actividades como la de traductor, la de director de Radio Universidad, la de consejero editorial, etcétera, no le bastó hacer una setentena de libros y colaborar en un sinnúmero de publicaciones culturales; además llegó a editar una revista unipersonal de no pocos números (*Sala de espera*) y otra para él y unos cuantos amigos coetáneos (*Los sesenta*).

Por lo pronto, la obra de Aub es sin duda la más vasta y variada de la literatura de los exiliados en México: abarca cuento, novela, ensayo, crítica, poesía, crónica, teatro, guiones cinematográficos y, como si esto no bastara, algunas excelentes mistificaciones como la falsa biografía: *Jusep Torres Campalans*, un pintor posible, catalán, que pasa el final de su vida en una selva mexicana;<sup>1</sup> la antología “traducida” de poetas inventados, sus

---

<sup>1</sup> *Jusep Torres Campalans*, Tezontle, Fondo de Cultura Económica, México, 1958. En este libro, que se hizo copiando “parafrásticamente” una colección de arte famosa, la de Skira, me enorgullezco de estar presente aun cuando sea en modestas y compartidas funciones de cuidador tipográfico, y en el colofón. El cual dice: “Impreso bajo la dirección del maestro/ A.A. M. Stols/ en el mes de junio de 1958, en la Gráfica

alteregos; el discurso de una imaginaria entrada en la Academia Española, etcétera; y aun se extiende a las artes plásticas, con los dibujos y pinturas que atribuyó a su pintor imaginado y más verdadero que real, el tal Jusep.

En cada uno de los géneros, o dizque géneros, practicó una saltarina versatilidad que no excluía la unidad de estilo: el afilado sentido del idioma, la frase conceptuosa y recortada, la apretada sintaxis con un regusto a latín clásico y a máxima moral y satírica, y al mismo tiempo una rapidez narrativa y una gran libertad de escritura; características “aubianas” que se hallan también en los libros que escribió en torno a asuntos mexicanos. Era quince escritores, y uno solo. Era Max Aub tal como la escritura lo multiplicaba y lo reunía.

Los libros del Max mexicano, hasta donde yo conozco la bibliografía de un escritor continuo y torrencial,<sup>2</sup> son: *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, *Ensayos mexicanos* (títulos que por ser de crítica literaria y estética no comentaré aquí, donde me ocuparé sólo del narrador), *Cuentos mexicanos (con pilón)*, *El zopilote y otros cuentos mexicanos* y *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*.

El admirable cuento que propicia el título del último libro mencionado tiene en su ingeniosa trama una doble vuelta de tuerca, un curioso desdoblamiento: Aub, refugiado español, ve el mundillo de las tertulias de los exiliados a través de un personaje mexicano, un mozo de café (se dice *camarero* en España, *mesero* en México). Con sonriente agudeza psicológica, Aub hace del discreto y profesionalmente muy eficaz Nacho una víctima del

---

panamericana y en Helioméxico, encuadernado en Encuadernaciones Progreso. Se hicieron 2, 000 ejemplares al cuidado de José de la Colina y Jasmin Reuter.”

<sup>2</sup> “Max Aub es ‘Max Aún’. Así lo cree mi ‘Señor de la Colina’”, dice Otaola, refiriéndose a una broma mía, en *La librería de Arana* (Colección Aquelarre, México 1952). Otaola mismo decía que acostumbraba recibir cada día, por debajo de la puerta, el periódico y el más reciente libro de Max Aub.

vocinglerío, la rotundidad, el laberinto discursivo y polémico, la tormenta política oral, las silbantes eses, las espesas ces y zetas, de esos refugiados que invaden los cafés de la ciudad de México. Esta inundación de estruendo y furia ibéricos torturan los oídos y desarreglan el *modus vivendi* de Nacho, que, para poner fin a la intolerable situación, concibe el rocambolesco proyecto del que no daré indicios al lector que quiera gozar el cuento y su formidable sorpresa final. Aub nos da sabrosas descripciones del archipiélago cafeteril de los exiliados, del palabrerío torrencial, el hablar fuerte, el eterno discutir de la guerra española, la reiteradamente proferida frase “Este año cae Franco”, y de cómo una mayoría de mexicanos vio aquel fenómeno tan extraño para el medio tono y la discreción de las clases medias nacionales. Y en esto se basa el divertido juego de espejos del cuento: un escritor español ve a sus compatriotas reflejados en el espejo (no del todo deformante: en México no hay Callejón del Gato) de un mexicano.

Ese enfrentamiento, manifiesto o latente, será también el asunto de otros cuentos de Aub. En “La Merced”, un anarquista puro e intransigente se descubre a sí mismo como un burgués, un patrón, cuando un borrachito mexicano supuestamente torvo le da un susto en la calle y en la alta noche de la ciudad. Aguafuerte sarcástico, el cuento critica, sin asestar ninguna moraleja, uno de los aspectos del exilio (que produjo sus burgueses, aunque no fuesen mayoría ni mucho menos). En otro cuento, “De cómo Julián Calvo se arruinó por segunda vez”, el protagonista, español y exiliado, dueño de una imprenta, ve cómo “misteriosamente” fracasa su negocio porque, siendo él ateo, ha impedido que sus obreros coloquen en el taller una imagen de la mexicana Virgen de Guadalupe. ¿Es la mano del cielo? ¿Es un cubierto sabotaje de los obreros contrariados en su religiosidad? El narrador deja flotar la ambigüedad, sin inclinarse por ninguna de las dos explicaciones.

Aub tiene además otros cuentos con motivos enteramente mexicanos, sin intervención del exilio español. Era ya autor de una colección de brevísimos textos, *Crímenes ejemplares*, en los que el humor negro devela los más insólitos o triviales motivos para la violencia y el derrame de la sangre. Y siento que en los *Cuentos mexicanos (con pilón)* y los de *El zopilote*, se trasluce, aun si no es explícitamente, una cierta fascinación por el México “negro”, por los tópicos del machismo y de la sangre peleonera de los mexicanos, tan trabajados por los grabados de Posada, los populares “corridos” y aun el cine del país. Pero lo que le interesa a Max en los crudos y sombríos hechos que narra es esa actitud mexicana de jugarse el todo por el todo con un sonriente laconismo, con un temple estoico y fatalista, sea en la guerra y en la revolución como en cualquier hecho documentado por la llamada página roja de los periódicos. Muchos de los personajes de estos relatos mueren o matan con una grandeza de tragedia griega veteada de un humorismo seco, o en una jugarreta del azar, del mundo, de las fuerzas absurdas de la realidad, como en un esperpento valleincliniano. Y precisamente el trazo condensado e intenso de la escritura aubiana resalta esos hechos terribles como podría hacerlo un “corrido”, o una “calavera” de Posada, incluso un film de charros. Pero el supuesto ensalzamiento de la violencia y el machismo se vuelve del revés, riza su rizo esperpéntico y deja ver un escorzo casi caricaturesco. Enfriado y serenado por el humorismo sobrio y cortante de una escritura casi epigramática, el México terrible del lugar común se disuelve en una sonrisa... una sonrisa con los labios partidos.

Aub entendió admirablemente la ironía con que el mexicano puede contemplarse ante un espejo oscuro. En el cuento “Memo Tel” la peripecia legendaria de Guillermo Tell se convierte, paródicamente, en una intriga de pistolas, cantina, rivalidad macha y muerte absurda. En “Los avorazados”, un criminal asalto termina haciendo víctimas a sus

perpetradores, que se matan entre ellos, y el caso concluye en una carcajada malévolamente de la realidad: “Los billetes se pudrieron. Ellos, no; que hay manadas de perros por esos alrededores.” En “El caballito” se encuentra una suerte de música verbal en la larga letanía de pueblecitos mexicanos que llevan el nombre del apóstol Santiago, el santo a caballo: desde Santiago Amoltepec a Santiago Zula. En “La verdadera historia de los peces blancos de Pátzcuaro”, que, según cuentan los pájaros al viento, se inicia en la remota y mítica China y concluye en el mencionado lago de Michoacán, Aub inventa una graciosa leyenda “fundacional”.

Los cuentos mexicanos de Aub, entre la caricatura y el lirismo, entre el drama y el esperpento, dan una distanciación estética a un México violento y cruel de leyenda “negra”, y llevan dentro un amor a la tierra en la que el escritor se *trasterró* y en la que produjo la mayor parte, con mucho, de su obra. Hay, pues, un México de Aub y un Aub de México.